

UNA EXPOSICION DE REBOLLEDO

Se encuentra ya asegurado el éxito de la exposición abierta en Santiago por el pintor D. Benito Rebolloredo Correa. Una multitud entusiasta ha llenado en incandescentes oleajes la vasta sala ocupada por un centenar de cuadros de todas dimensiones, arreglados a lo largo de las paredes, un poco al azar y un poco en son de desafío a las leyes de la simetría. Los pintores chilenos, especialmente Rebolloredo, no han recogido la lección objetiva que acaba de darles, después de varios expositores extranjeros, el talentoso impresionista cosmopolita señor Franciscovich. Nada de cortinajes, espejos y fruslerías adorables encaminadas a halagar la imaginación del comprador adinerado. Dejan las telas a cualquier altura con el ángulo que el capricho de la pesantez imponga en cada caso. Y que la luz derrame allí sus efectos al azar como una buena providencia incapaz de jugarle una mala pasada a esos muchachos tan sinceros y confiados...

Hemos acudido una y otra vez a mirar esos cuadros bajo distintas luces del día, entre grupos diversos de estudiosos, de posibles compradores y de envidiosos. No íbamos bajo el pabellón de ninguna de estas tres respetables colectividades, formábamos parte de la gran muchedumbre ansiosa de una impresión de belleza soberana. Y a fe que semejante impresión no puede ser más completa.

Hay allí pedazos inolvidables de nuestro cielo, impresiones del mar, idilios intensos de la naturaleza, sorprendidos al azar por el artista errante con una franqueza, una valentía y un sentimiento que constituyen una legítima gloria para él. No podrán por cierto arrebataránsela los frios críticos que jamás han traspasado las fronteras para entrar a los museos de las metrópolis del arte ni los espíritus estériles que están hablando incesantemente de «pintar delgado»—ellos que no han pasado de la brocha gorda—de facturas técnicas y de tonalidades clásicas. Les hemos oído mientras vagábamos, ignotos a sus ojos sapientísimos, como átomos del enjambre vulgar.

En más de una ocasión, el maestro les ha oído también. Ha acudido entonces furioso a su encuentro, demasiado embebido en sus doctrinas artísticas para discutir, profundamente herido por esa envidia que va a acechar al pie de sus cuadros a todo el que cree un posible comprador. Estuvo a punto de golpear a uno de esos detractores gratuitos. Y prefirió reírse a gritos, nervioso; casi histéricamente.

Y tiene razón para sentirse herido momentáneamente, ese buen muchacho, siempre combatido y siempre entusiasmado por su arte. Las críticas y las envidias se han ensañado con él en la primera etapa de su carrera. Ha luchado contra todos los elementos físicos y morales. La prensa le increpaba sus audacias juveniles, los maestros le abrumaban con sus anatemas; temblaba ante el abismo que tarde o temprano devora a los perseguidos. Pero abrigaba en lo más íntimo de su alma la fe, la visión arrobadora del triunfo, la percepción inefable de un cielo tan azul, de unos campos y unos mares tan bellos como los de Chile. Fué el inmenso público el que al fin se dejó seducir por esa genial inspiración, comprendió su colorido y proclamó su éxito. Hoy ya nadie discute en voz alta a Rebolloredo.

Pero el maestro no ha alcanzado la fortuna. Sigue viviendo y aunque eso ya es mucho no quiere confiar su éxito al veredicto de la posteridad. Y por eso trabaja con una constancia y un ardor que habrían ya rendido a muchos pintores. Por esa retina cruzan noche y día las orgías de colores, siente en el cerebro la música infinita de la naturaleza y los espíritus del aire, del agua y del sol acuden en ronda juguetona a presidir los esfuerzos de esa fragua amante de inspiración.

Allí están en esos cuadros que ahora se exhiben lagos y cielos purísimos, playas y ventisqueros, noches de nieve y ensueños de luna. Es grato al alma poblarlos con los recuerdos a modo de figuras humanas. Y mirando desde cada parte, la luz diaria arranca un destello nuevo, una perspectiva inusitada, un chispazo de vida a esas naturalezas cam-

biantes que se entregan por entero al beso ansioso de la mirada.

Cualquiera que haya sido la factura, el medio mecánico escogido por el autor de esos cuadros, es poco importa si el efecto anhelado es completo, si la creación impresiona en todo su esplendor. ¿A qué seguir el catálogo, con espíritu de mercader o pregoneiro, si es mejor ir allí a meditar y a mirar un rato en las horas menos vulgares en que la multitud se hace menor? Es preciso mirar y callar, cerrar los oídos a las comparaciones y a los nombres extranjeros. Tenemos un gran pintor nacional cuyo amor a la tierra, manteniéndolo prendido a los halagos tranquilos de su hogar humilde, trabajando y viviendo al día, cuando en Estados Unidos, en cualquier nación extranjera el murmullo de las cascadas de oro ganadas con su talento haríale olvidar el país natal en que padeció incesantemente las torturas del genio desconocido primero, aclamado pero no bien premiado más tarde.



D. Benito Rebolloredo Correa, laureado pintor chileno que ha obtenido un ruidoso éxito con su exposición de cuadros en la capital.

La personalidad de Rebolloredo es curiosa. Se trata de

un hombre muy confiado y tranquilo, desprovisto de envidias y odiosidades. Le han llamado «pintor de batallas» a pesar de que jamás trazó ninguna sobre el lienzo. Debido únicamente a su curiosa facilidad para reír con cualquiera que lo moleste. Y han sido muchos los que con ese incomprensible espíritu de aplastar al que sube, han creído ejercer un derecho al molestarlo. Válgale al pintor de batallas su carencia absoluta de rencoros, la facilidad para estrechar la mano que trataba de quebrar, apenas columbra un gesto de paz y de amistad.

Poseído de un intenso amor a la justicia, ese árabe chileno se exalta, sus ojos parecen escapársele de las órbitas cada vez que se trata de alguna buena causa desconocida, de algún gran mal irremediable inferido, no importa a quienes ni en qué regiones remotas. Apasionado por la guerra europea, se batirá con la furia de un asaltador de trincheras si se ataca sus afecciones internacionales y luego volverá a sonreír con su sonrisa cándida y confiada...

El que ha sufrido penas y persecuciones está siempre de un salto al lado del que las sufre. Bohemio le conocimos hace seis años, cargando con el fardo de su suerte con todo el fatalismo de la raza. Tenía que pintar para comer y como sus cuadros nadie los admitía, por tratarse de un pintor

tildado de revolucionario, tuvo que mezclarse con los obre-
ros de artes varias que acudían a la reconstrucción del
Teatro Municipal de Santiago.

Le encargaron de pintar la cúpula. Pasó así días y se-
manas, de espaldas en los andamiajes a enorme altura,
pintando y pintando, llenando de nubes, de genios y de
divinidades ese techo, con la noción perdida del espacio
y de la existencia.

Cuando terminó le pagaron menos que un albañil, cinco
pesos por día o algo así. El bohemio suplicó, lloró, rugió
alternativamente y abandonó el teatro sin recibir un cen-
tavo, dejando prisionero arriba un poco de su genio, lleván-

dose íntegros abajo sus hambres y sus lágrimas. Llegó
esta noticia a nuestra mesa de redacción en «La Mañana.»
Protestamos en sus columnas de esta expoliación y parece
que se le hizo justicia porque vino un día y nos dijo algo
que en su entender era una expresión de agradecimiento
tan modesto y confundido se encontraba. Después ha aprendi-
do a hablar en sus cuadros y por ellos hemos sabido que
es un gran pintor y que su talento honra a un país que creía
hacer mucho con tolerarlo bajo el cielo que debía inmortalizar
con el pincel.

VICTOR NOIR.

Una anécdota de Napoleón.

Al día siguiente de la batalla de Austerlitz, un soldado
de Napoleón, de los que más se habían distinguido en el
combate, mató a uno de sus jefes. El soldado estaba ebrio.

—Dejadlo dormir—dijo el emperador.

Un día después al presentarse el culpable le habló:

—Dicen que habéis dado muerte a vuestro alférez.

El reo balbució algunas palabras.

—Dicen—prosiguió Bonaparte—que estabais ebrio.

—Así era, señor.

—¿De modo que no os pudisteis dar cuenta de vuestro
acto?

—No, señor.

—¿De qué vino bebisteis?

—Del de seis sueldos.

—¿Qué cantidad?

—Cuatro cuartillos.

Napoleón se volvió a uno de sus hombres y dijo:

—Que traigan cinco cuartillos de vino del de seis sueldos.

Cuando regresaron con la bebida, el emperador obligó
al soldado a que tomase toda aquella cantidad de vino
y esperó a que surtiera efecto....

—¡Firme!—gritó luego.

Y el soldado se plantó y saludó militarmente.

—¡Dos pasos a la derecha!

El soldado, vacilante, como en el último grado de la
borrachera cumplió la orden. El emperador miró entonces
hacia una cortadura del terreno en que empezaba un abis-
mo terrible. Las tropas formadas, seguían todos estos
detalles con horrible ansiedad, porque conocían muy bien
el carácter del emperador. Desde el sitio en que se encon-
traba el beodo hasta la base del precipicio había aproxi-
madamente doce pasos.

—¡Doce pasos al frente!—dijo Napoleón con la voz más
calmosa que nunca.

El soldado empezó a andar; pero al llegar al precipicio
se detuvo.

—¡Doce pasos he dicho!

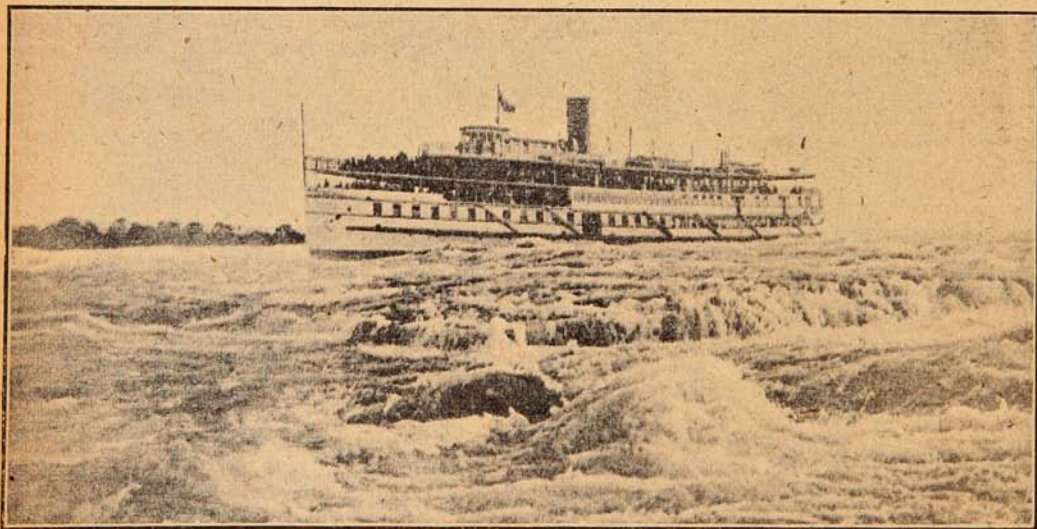
—Señor,—exclamó el soldado,—si doy un paso más me
despeño.

—¿De modo—preguntó el emperador con ironía—que
os dáis cuenta de un peligro para vos, después de haber
apurado cinco cuartillos de vino de a seis sueldos y no os
lo disteis de que matabais a un hombre habiendo bebido
cuatro cuartillos solamente?

Y ordenó que lo fusilaran.

E. A. BUENO.

Vapor de pasajeros y carga en el Río San Lorenzo. (Canadá).



Este Vapor va cargado en su mayor parte de **VIG-NOL** (la economía e higiene del lavado)
que trasporta a New York para ser distribuido a los distintos países del globo, donde las perso-
nas más progresistas lavan la ropa sin frotar, empleando ese solo producto.